

xi. ANTOLOGÍA MÍNIMA



© Sara Herrera Fontán | Sin título | Técnica mixta sobre papel | 25x32 cm | 2021



© Sara Herrera Fontán | Sin título | Boceto digital | 2023

¿POR QUÉ MIRAMOS A LOS ANIMALES?

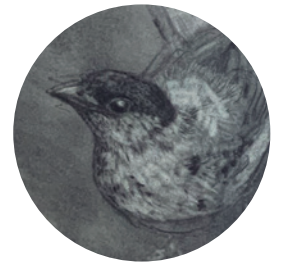
JOHN BERGER*

Para Gilles Aillaud

El siglo XIX conoció en la Europa Occidental y en Norteamérica el inicio de un proceso, hoy prácticamente consumado por el capitalismo del XX, que llevaría a la ruptura con todas aquellas tradiciones que habían mediado entre el hombre y la naturaleza. Antes de esta ruptura, los animales constituían el primer círculo de lo que rodeaba al hombre. Tal vez, esto ya sugiera una distancia demasiado grande. Los animales se encontraban con el hombre en el centro del mundo, del mundo de cada hombre. Esta posición central era, claro está, económica y productiva. Al margen de las transformaciones que pudieran darse en los medios de producción y en la organización social, los hombres dependían de los animales para el alimento, el trabajo, el transporte, el vestido.

Y, sin embargo, el suponer que los animales entraron por primera vez en la imaginación humana en forma de carne, cuero o asta supone retrotraer en milenios y milenios una actitud típicamente decimonónica. Los animales entraron por primera vez en la imaginación como mensajeros y promesas. La domesticación del ganado, por ejemplo, no empezó como una simple expectativa de leche y carne. El ganado tenía funciones mágicas, oraculares, unas veces, sacrificatorias otras. Y la elección de una determinada especie como mágica, domesticable y comestible vino originariamente determinada por los hábitos, la proximidad y la “invitación” del animal en cuestión.

Blanco buey bueno es mi madre
y nosotros la gente de mi hermana
el pueblo de Nyariau Bul...
Amigo, gran buey de cuernos extendidos
que no cesa de mugir en la manada,
buey del hijo de Bul Maloa.



* John Berger, “¿Por qué miramos a los animales?”, en *Mirar* (1980) (Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 2001), 9-31.

Los animales nacen, sienten y mueren. En estas tres cosas se parecen al hombre. En su anatomía superficial —no así tanto en la profunda—, en sus costumbres, en su tiempo, en sus capacidades físicas se diferencian del hombre. Ambos, hombre y animal, son, al mismo tiempo, parecidos y distintos.

“Sabemos lo que hacen los animales, y lo que necesitan el castor y los osos y el salmón y todas las demás criaturas, porque antaño nuestros hombres se casaban con ellos y adquirirían este conocimiento de sus mujeres animales” (Indios hawaianos citados por Lévi-Strauss en *El pensamiento salvaje*).

Los ojos de un animal cuando observan al hombre tienen una expresión atenta y cautelosa. El mismo animal puede mirar a otra especie del mismo modo. No reserva para el hombre una mirada especial. Pero, salvo la humana, ninguna otra especie reconocerá la mirada del animal como algo familiar. Otros animales se quedan atrapados en ella. El hombre toma conciencia de sí mismo al devolverla.

El animal lo escruta a través de un estrecho abismo de incompreensión. Por eso el hombre puede sorprender al animal. Pero el animal, incluso el domesticado, también sorprende al hombre. También éste observa al animal desde un abismo de incompreensión parecido, pero no idéntico. El hombre siempre mira desde la ignorancia y el miedo. Y así, cuando es él quien *está siendo observado* por el animal, sucede que es visto del mismo modo que ve él lo que le rodea. Al darse cuenta de esto la mirada del animal le resulta familiar. Y, sin embargo, el animal es claramente distinto y nunca se confunde con el hombre. De este modo, se le asigna un poder al animal, comparable al poder humano, si bien nunca llegan a coincidir. El animal tiene secretos que, a diferencia de los secretos que guardan las cuevas, las montañas y los mares, están específicamente dirigidos al hombre.

Si sustituimos la mirada del animal por la de otro hombre, veremos más claramente esta relación. En principio, cuando la mirada es entre dos hombres, el lenguaje establece un puente entre los dos abismos. Aun cuando el encuentro sea hostil y no se utilice palabra alguna (aun cuando hablen lenguas diferentes), la *existencia* del lenguaje permite que al menos uno de ellos, si no los dos, se sienta confirmado por el otro. El lenguaje permite al hombre contar con los otros como con él mismo. (En esa confirmación, que se hace posible por el lenguaje, también pueden confirmarse la ignorancia y el miedo humanos. Mientras que en los animales el miedo es una respuesta a una señal, en el hombre es algo endémico).

Ningún animal confirma al hombre, ni positiva ni negativamente. El cazador puede matar y comerse al animal, a fin de sumar su energía a la que él ya posee. El animal puede ser domesticado, a fin de convertirlo en una fuente de aprovisionamiento y en una herramienta de trabajo para el campesino. Pero la falta de un lenguaje común, su silencio, siempre garantiza su distancia, su diferencia, su exclusión con respecto al hombre.



No obstante, precisamente debido a esta diferencia, podemos considerar que la vida de los animales, que no debe confundirse nunca con la de los hombres, corre paralela a la de estos. Sólo en la muerte convergen las dos líneas paralelas, y, tal vez, después de la muerte se cruzan para volver a hacerse paralelas: de ahí la extendida creencia en la transmigración de las almas.

Con sus vidas paralelas, los animales ofrecen al hombre un tipo de compañía diferente de todas las que pueda aportar el intercambio humano. Diferente porque es una compañía ofrecida a la soledad del hombre en cuanto especie.

Esta modalidad de compañía muda se consideraba tan simétrica que no es raro encontrar la creencia de que es el hombre quien carece de la facultad de hablar con los animales: de ahí todos los cuentos y leyendas de seres excepcionales, como Orfeo, que podían hablar con los animales en su propia lengua.

¿Cuáles eran los secretos del parecido y de la diferencia del animal con respecto al hombre? Aquellos secretos cuya existencia reconocía el hombre en el instante mismo de interceptar la mirada de un animal.

En cierto sentido, toda la antropología, al estudiar el paso de la naturaleza a la cultura, constituye una respuesta a esa pregunta. Pero hay también una respuesta más general. Todos los secretos eran acerca de los animales en tanto que *mediadores* entre el hombre y su origen. La teoría de la evolución de Darwin, indeleblemente marcada como está por las concepciones del siglo XIX europeo, pertenece, sin embargo, a una tradición casi tan antigua como el propio hombre. Los animales mediaban entre el hombre y su origen porque eran al mismo tiempo parecidos y diferentes de él.

Los animales llegaban de allende el horizonte. Pertenecían a *aquí* y a *allá*. Además eran mortales e inmortales. La sangre del animal corría como la sangre humana, pero la especie era imperecedera, y cada león era León, cada buey, Buey. Este dualismo, probablemente el primer dualismo existencial, se reflejaba en el trato que se daba a los animales. Eran sometidos y adorados, alimentados y sacrificados.

Hoy persisten vestigios de este dualismo entre quienes viven íntimamente con los animales y dependen de ellos. El campesino se encariña con su cerdo y se alegra de poder hacer la matanza. Lo que es significativo y tan difícil de comprender para el observador urbano es que las dos frases de esta oración están unidas por y en lugar de *pero*.

El paralelismo de sus vidas parecidas/diferentes hizo que los animales plantearan al hombre algunos de los primeros interrogantes, al mismo tiempo que le suministraban las respuestas. Animal fue la primera temática tratada por el hombre en la pintura. Probablemente el primer pigmento utilizado para pintar fue sangre animal. Y antes todavía, no es irrazonable suponer que la primera metáfora fue animal. En su *Ensayo sobre el origen de las lenguas*, Rousseau mantenía que el propio lenguaje empezó con la



metáfora: “Dado que la emoción fue el primer motivo que indujo al hombre a hablar, las primeras palabras que éste pronunciaría hubieron de ser tropos (metáforas). Primero nació el lenguaje figurativo, los significados propiamente dichos fueron los que más tardarían en encontrarse”.

El que la primera metáfora fuera animal se debía a que la relación esencial entre el hombre y el animal era metafórica. Lo que tenían en común los dos términos de esa relación, el hombre y el animal, revelaba lo que los diferenciaba. Y a la inversa.

En su libro sobre los tótems, Lévi-Strauss comenta esa idea rousseauiana: “Gracias a que originariamente se creía idéntico a todos sus semejantes (entre los cuales, como Rousseau dice de forma explícita, hemos de incluir a los animales), el hombre llegó a adquirir la capacidad para diferenciarse del mismo modo que los distingue a ellos; es decir, aprendió a usar la diversidad de las especies como respaldo conceptual de la diferenciación social”.

Aceptar la explicación rousseauiana sobre los orígenes del lenguaje significa, claro está, plantearse ciertas cuestiones (¿cuál fue la organización social mínima necesaria para la aparición del lenguaje?). Sin embargo, ninguna búsqueda de los orígenes puede verse satisfactoriamente culminada. La mediación de los animales fue algo común a todas ellas precisamente porque éstos eran ambiguos.

Todas las teorías de los orígenes no son sino maneras de definir cada vez mejor lo que siguió. Quienes disienten de Rousseau rechazan una determinada visión del hombre, no un hecho histórico. Lo que estamos intentando definir, porque la experiencia casi se ha perdido, es el uso universal de signos animales para describir la experiencia del mundo.

Pueden verse animales en ocho de los doce signos del zodiaco. Entre los griegos, el signo de cada una de las doce horas que componían el día era un animal. (El primero un gato, el último un cocodrilo). Los hindúes se imaginaban el mundo transportado a lomos de un elefante, que, a su vez, viajaba sobre una tortuga. Para los nuer sudaneses (véase la obra *Man and Beast* de Roy Willis), “Todas las criaturas, incluido el hombre, vivían originariamente juntas, en camaradería; formaban un solo grupo. La disensión empezó cuando el Zorro convenció a la Mangosta de que lanzara un palo a la cara del Elefante. A esto siguió una pelea, y los animales se separaron; cada uno siguió su propio camino, y empezaron a vivir como lo hacen ahora y a matarse los unos a los otros. El estómago, que en un principio había tenido una vida propia en la espesura, entró en el hombre, de modo que ahora éste siempre tiene hambre. Los órganos sexuales, que también habían estado separados, se unieron a los hombres y las mujeres, haciendo que se deseen constantemente. El Elefante enseñó al hombre a moler el grano, así que ahora éste sólo puede saciar su hambre trabajando sin cesar. La Rata enseñó al hombre a engendrar y a parir a la mujer, y el Perro aportó el fuego al hombre”.



Los ejemplos son infinitos. En todas partes, los animales ofrecían explicaciones o, más exactamente, prestaban su nombre y su carácter a una cualidad, la cual, como todas las cualidades, era, en esencia, misteriosa.

Lo que apartó al hombre de los animales fue una capacidad humana inseparable de la evolución del lenguaje, la capacidad para el pensamiento simbólico, en el cual las palabras no eran simples señales, sino significantes de algo diferente a ellas mismas. Sin embargo, los primeros símbolos fueron animales. Lo que apartó a los hombres de los animales nació de su relación con ellos.

La *Iliada* es uno de los primeros textos de que disponemos, y el uso que se hace en ella de la metáfora revela todavía la proximidad del hombre y el animal, aquella proximidad de la que surgió la propia metáfora. Homero describe la muerte de un soldado en el campo de batalla y luego la de un caballo. Ambas muertes son transparentes por igual a los ojos de Homero, no hay una mayor refracción en un caso que en otro.

“E Idomeneo A Euridamante// le hirió con su bronce despiadado// en la boca, y la lanza de bronce// directamente le fue a salir// de por bajo el cerebro,// y le hendió, claro está los blancos huesos.// Con el golpe de los dientes le saltaron// y los ojos de sangre se llenaron// que él con la boca abierta,// arrojaba de la boca hacia arriba// y desde sus narices hacia abajo.// Y a él la negra nube de la muerte// le envolvió por un lado y por el otro”. Esta es la muerte de un hombre.

Unas páginas después es un caballo el que cae: “Y Sarpedón que en segundo lugar// se abalanzó con su brillante lanza// no acertó a Patroclo propiamente,// pero al caballo Pédaso hirió// en el hombro derecho con su lanza;// y al exhalar en ánima, bramó// y al polvo cayó con un relincho,// y su aliento vital salió volando”. Esta era la muerte de un animal.

El Canto xvii de la *Iliada* se inicia con Menelao de pie sobre el cadáver de Patroclo para impedir que los troyanos lo despojen. Aquí Homero emplea animales como referencias metafóricas para transmitir, con ironía o con admiración, las cualidades excesivas o superlativas de los diferentes momentos. *Sin estos ejemplos de animales* le hubiera sido imposible describir tales momentos. “... Al igual que una vaca gemebunda// que ha sido madre por primera vez// y que del parto antes no sabía,// lo hace en derredor de su ternero. Así andaba el rubio Menelao// en torno a Patroclo...”.

Un troyano le amenaza, e irónicamente Menelao invoca a Zeus: “...No es en verdad hermoso// jactarse uno insolentemente.// En efecto, no es propio// tan gran coraje ni de leopardo// ni del león ni del jabalí salvaje// que alberga funestas intenciones,// cuyo ánimo sumamente altanero// por dentro de su pecho// se envanece en extremo de su fuerza,// como tan grande es la altanería// de los hijos de Pantoo, los lanceros”.

Menelao mata entonces al troyano que le había amenazado, y nadie se atreve a acercarse a él: “Como cuando un león// criado en las montañas, confiado// en su vigor,



una vaca arrebatada, del ganado que paca la mejor, y el cuello le rompe, lo primero y con sus robustos dientes al asirla, y luego al desgarrarla, lame su sangre y sus entrañas todas, y a entrambos lados justamente de él los perros y los varones pastores dan muchos alaridos desde lejos, sin atreverse a irle de frente, pues el lívido miedo los tiene bien cogidos, así en el pecho de ninguno de ellos el ánimo tenía valor de enfrentarse al glorioso Menelao”**.

Siglos después de Homero, Aristóteles, en su *Historia de los animales*, la primera obra científica de importancia sobre este tema, sistematiza la relación comparativa entre el hombre y el animal.

“En la mayoría de los animales existen huellas de cualidades y actitudes físicas, las cuales cualidades existen, mucho más diferenciadas, en el caso de los seres humanos. Porque así como señalábamos parecidos en los órganos físicos, así también en ciertos animales observamos mansedumbre y ferocidad, bondad y maldad, valor o cobardía, temor o confianza, alegría o tristeza, y, en lo que se refiere a la inteligencia, algo semejante a la sagacidad. Algunas de estas cualidades, en el hombre, cuando se las compara con las correspondientes en los animales, se diferencian sólo cuantitativamente: es decir, el hombre posee más o menos de esta cualidad, y un animal tiene más o menos de otra; otras cualidades en el hombre están representadas por cualidades análogas y no idénticas; por ejemplo, al igual que en el hombre encontramos conocimiento, sabiduría y sagacidad, así también en ciertos animales existe otra potencialidad natural similar a aquellas. La verdad de esta afirmación será aún mejor aprehendida si observamos las huellas y la simiente de lo que un día serán hábitos psicológicos establecidos, aunque psicológicamente el niño, mientras no deje de serlo, apenas se diferencia del animal...”.

Supongo que a la mayoría de los lectores “cultos” de hoy este párrafo le parecerá hermoso, pero un tanto antropomórfico. Objetarán que la bondad, la maldad o la sagacidad no son cualidades morales que puedan atribuirse a los animales. Los conductistas respaldarían esta objeción.

Hasta el siglo XIX, sin embargo, el antropomorfismo era un elemento fundamental en la relación entre el hombre y el animal; una expresión de su proximidad. El antropomorfismo era un residuo del uso continuo de la metáfora animal. Poco a poco, durante los dos últimos siglos, los animales han ido desapareciendo. Hoy vivimos sin ellos. Y en esta nueva soledad el antropomorfismo nos hace sentir doblemente incómodos.

La ruptura teórica decisiva llegó con Descartes. El filósofo francés interiorizó, circunscribió, dentro del hombre, el dualismo implícito en la relación del hombre con los

** *Ilíada*. Traducción de A. López Eire. Cátedra, 1998.

animales. Al separar el alma y el cuerpo, legó el cuerpo a las leyes de la física y la mecánica, y, puesto que no tienen alma, los animales quedaron reducidos al modelo mecánico.

Sólo muy lentamente irían apareciendo las consecuencias de la ruptura de Descartes. Un siglo después, el gran zoólogo Buffon, aunque aceptó y utilizó el modelo mecanicista para clasificar a los animales y sus capacidades, muestra, sin embargo, una ternura hacia ellos que vuelve a otorgarles temporalmente el papel de compañeros. Esta ternura tiene algo de envidia.

Lo que el hombre ha de hacer para trascender al animal, para trascender lo que hay en él de mecánico, aquello a lo que le conduce su espiritualidad, es con frecuencia un motivo de angustia. Y así, al compararse con ellos, y pese al modelo mecanicista, le parece que el animal goza de una suerte de inocencia. El animal ha sido vaciado de experiencia y secretos, y esta nueva “inocencia” inventada empieza a provocar en el hombre cierta nostalgia. Por primera vez se sitúa a los animales en un pasado *cada vez más lejano*. Buffon decía lo siguiente cuando escribía a propósito del castor:

“En el mismo grado en que el hombre se ha alzado por encima del estado de naturaleza, han caído los animales por debajo de ésta: conquistados y convertidos en esclavos, o tratados como rebeldes y diseminados por la fuerza, sus sociedades han desaparecido, su industria se ha vuelto improductiva, sus artes, todavía vacilantes, se han desvanecido; todas las especies han perdido sus cualidades generales, no reteniendo cada una de ellas sino sus capacidades distintivas, desarrolladas en unas mediante el ejemplo, la imitación o la educación, y en otras, por el temor y la necesidad durante su constante lucha por la supervivencia. ¿Qué visiones y planes pueden tener esos esclavos sin alma, esas reliquias del pasado carentes de todo poder?

Sólo vestigios de lo que fue en su día una industria maravillosa quedan todavía en ciertos lugares lejanos y desérticos, desconocidos para el hombre durante siglo, en donde cada especie utilizó libremente sus capacidades naturales, perfeccionándolas en paz en el seno de una comunidad duradera. Los castores son tal vez el único ejemplo que haya perdurado, el último monumento a aquella inteligencia animal...”.

Aunque esta nostalgia por los animales fue una invención del siglo XVIII, todavía serían necesarios innumerables inventos *productivos* —el ferrocarril, la electricidad, la industria enlatadora, la cinta transportadora, el automóvil, los fertilizantes químicos— antes de que los animales pudieran ser totalmente marginados.

Durante el siglo XX, el motor de explosión sustituyó a los animales de tiro en las calles y fábricas. El continuo crecimiento de las ciudades transformó el medio rural que las rodeaba en suburbios, en donde los animales, salvajes o domésticos, se fueron haciendo cada vez más escasos. La explotación comercial ha llevado prácticamente a la extinción



de ciertas especies (visón, tigre, reno). La naturaleza, o lo que queda de ella, va estando cada vez más limitada a los parques nacionales y las reservas de caza.

Finalmente se superó el modelo de Descartes. Durante los primeros tiempos de la Revolución Industrial, los animales eran utilizados a modo de máquinas. Al igual que lo eran los niños. Posteriormente, en las llamadas sociedades postindustriales, son tratados como materias primas. Los animales necesarios para la alimentación son procesados como cualquier otro producto manufacturado.

“Otra [planta] gigante, actualmente en desarrollo en Carolina del Norte, abarcará un total de 150.000 hectáreas, pero tan sólo necesitará mil personas, una por cada quince hectáreas. Las máquinas, entre las que se incluyen también avionetas, se encargarán de la siembra, el riego y la recolección del grano. Con éste se alimentarán 50.000 vacas y cerdos... unos animales que nunca llegarán a pisar los campos. Serán paridos, amamantados y alimentados hasta su edad adulta en unos establos especialmente diseñados”***.

Esta reducción del animal, que tiene una historia teórica así como económica, forma parte del mismo proceso mediante el cual los hombres han sido reducidos a unidades aisladas de producción y consumo. En realidad, durante este período, cualquier acercamiento a los animales prefiguraba frecuentemente un acercamiento al hombre. El punto de vista mecanicista de la capacidad de trabajo del animal sería posteriormente aplicado a la del hombre. F. W. Taylor, responsable del desarrollo de los estudios “taylorista” sobre el movimiento en relación con el tiempo y sobre la gestión “científica” de la industria, proponía que el trabajo ha de ser “tan estúpido” y tan flemático que la estructura mental (del trabajador) “pueda parecerse más a la del buey que a cualquier otro tipo”. Casi todas las técnicas modernas de condicionamiento social fueron experimentadas primero con animales. Al igual que lo serían los métodos de las llamadas pruebas de inteligencia. Hoy, ciertos conductistas, como Skinner, encierran el concepto mismo de hombre dentro de los límites que les marcan las conclusiones extraídas en sus pruebas artificiales con animales.

¿No existe, pues, una manera de que los animales, en lugar de desaparecer, continúen multiplicándose? Nunca ha habido tantos animales de compañía como se pueden encontrar hoy en las ciudades de los países ricos. En Estados Unidos, se estima que hay por lo menos cuarenta millones de perros y otros cuarenta de gatos, quince de pájaros enjaulado y diez más de otros tipos de mascota.

En el pasado, las familias de todas las clases sociales tenían animales domésticos porque eran útiles: perros guardianes, perros de caza, gatos ratoneros y otros. La costumbre de tener animales al margen de su utilidad es una innovación moderna y única en la historia, si tenemos en cuenta la escala social que hoy ha alcanzado este fenómeno. Forma

*** Susan George: *How the Other Half Dies*.



parte de esa reclusión universal, aunque individualizada, en la intimidad de la pequeña unidad familiar, decorada o amueblada con recuerdos del mundo exterior, que es una de las características propias de las sociedades de consumo.

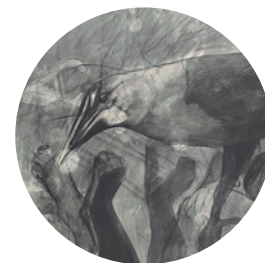
La pequeña unidad de vivienda familiar carece de espacio, tierra, otros animales, estaciones climatológicas, temperaturas naturales, etc. El animal de compañía ha sido o bien esterilizado o bien sexualmente aislado; está extremadamente limitado en sus ejercicios, privado del contacto con casi todos los animales y alimentado con alimentos artificiales. Este es el verdadero proceso material sobre el que se sustenta la extendida creencia popular de que los animales llegan a parecerse a sus dueños. Son hijos del modo de vida de sus amos.

Igualmente importante es la manera en que los dueños de animales de compañía suelen pensar en éstos. (Por un breve período de tiempo, los niños son en cierto modo diferentes a este respecto). El animal *completa* a su amo al ofrecerle unas respuestas a ciertos aspectos de su personalidad que, de no ser así, no se verían confirmados. Puede ser para su animal lo que no es para nadie ni para nada en el mundo. Más aún, el animal puede estar condicionado a reaccionar como si él también reconociera esta situación. Es como un espejo en el que se reflejara una parte, nunca reflejada, de su dueño. Pero, puesto que en esta relación ambas partes han perdido su autonomía (el dueño se ha convertido en aquella-persona-especial-que-sólo-es-para-su-animal y éste ha pasado a depender del amo para todas sus necesidades físicas), ha quedado destruido el paralelismo de sus vidas separadas.

La marginación cultural de los animales es sin duda un proceso mucho más complejo que su marginación física. Los animales de la mente no se pueden dispersar con tanta facilidad. Los refranes, los sueños, los juegos, los cuentos, las supersticiones, el propio lenguaje no dejan de recordarlos. En lugar de ser eliminados, los animales de la mente pasaron a quedar incluidos en otras categorías, de modo que la categoría *animal* ha perdido su importancia. Fundamentalmente han sido asimilados en la de la *familia* y en la del *espectáculo*.

Los asimilados a la familia se parecen en algo a los animales considerados domésticos. Pero al no tener las necesidades físicas o las limitaciones de aquéllos, pueden ser totalmente transformados en marionetas humanas. Los cuentos y dibujos de Beatrix Potter son un primer ejemplo de ello; todas las producciones animales de la industria Disney son otros más recientes y también más extremos. En estas obras se *universaliza*, al proyectarla en el reino animal, la ramplonería de las prácticas sociales actuales. El siguiente Diálogo entre el Pato Donald y sus sobrinos es elocuente por demás:

“DONALD: ¡Hombre! ¡Qué buen día hace! Un día maravilloso para ir a pescar o a remar, o incluso para ir a comer al campo; lo malo es que no puedo hacer *nada* de eso.



SOBRINO: ¿Por qué no, tío Donald? ¿Qué es lo que te lo impide?

DONALD: La pasta, chicos. Como siempre, estoy pelado hasta final de mes.

SOBRINO: Pero podrías ir de paseo, tío Donald, ir a observar los pájaros.

DONALD: (graznido) ¡No me queda más remedio! Pero antes esperaré a que venga el cartero. ¡A lo mejor me trae alguna buena noticia!

SOBRINO: ¿Cómo un giro de un tío de América al que no has visto en tu vida?”.

Dejando a un lado sus rasgos físicos, estos animales han quedado absorbidos en la llamada mayoría silenciosa.

Los animales transformados en espectáculo han desaparecido de otra forma. En Navidad, un tercio de los volúmenes exhibidos en los escaparates de las librerías son libros de fotos de animales. Crías de búho o jirafas, la cámara los fija en un dominio que, aunque enteramente visible para ella, nunca será hoyado por es espectador. Todos los animales aparecen como los peces vistos a través del cristal de un acuario. Este fenómeno se explica por razones técnicas e ideológicas. Técnicamente, los mecanismos utilizados para obtener unas fotografías cada vez más llamativas —cámaras ocultas, lentes telescópicas, flashes, controles remotos— se combinan para producir imágenes que entrañan numerosos indicios *invisibilidad* en condiciones normales. Las imágenes existen solamente gracias a la clarividencia técnica.

Un libro de fotografías de animales de reciente publicación y maravillosamente editado (*La Fête Sauvage*, de Frédéric Rossif) anuncian su prólogo: “Lo que se ve en cada una de estas fotografías no duró en tiempo real más de tres centésimas de segundo; está allende la capacidad del ojo humano. Lo que se nos ofrece aquí es algo nunca visto, ya que es totalmente invisible”.

Según la ideología que acompaña a todo este despliegue técnico, los animales son siempre los observados. El hecho de que ellos también pueden observarnos ha perdido todo su significado. Son objetos de nuestra insaciable sed de conocimiento. Lo que sabemos sobre ellos es un índice de nuestro poder y, por consiguiente, un índice de lo que nos separa de ellos. Cuanto más sabemos sobre ellos más se alejan de nosotros.

Sin embargo, conforme a la misma ideología, como señala Lukács en su *Historia y conciencia de clase*, la naturaleza es también un concepto cargado de valor. Un valor opuesto a las instituciones sociales que despojan al hombre de su esencia natural y lo encierran. “Por ello, la naturaleza adquiere el significado de lo que ha crecido orgánicamente, de lo que no fue creado por el hombre, en contraposición a las estructuras artificiales de la civilización humana. Al mismo tiempo, puede entenderse como aquel aspecto de la esencia humana que ha permanecido natural o, al menos, tiende o anhela volver a serlo”. Según esta visión de la naturaleza, la vida de un animal salvaje se convierte en un ideal,



un ideal que se interioriza en forma de una sensación que encierra un deseo reprimido. La imagen del animal salvaje se convierte en el punto de partida de una ensoñación: el punto desde donde el soñador se aleja dándonos la espalda.

El grado de confusión alcanzado queda perfectamente ilustrado en la siguiente noticia:

“El ama de casa londinense Barbara Carter, ganadora de un concurso benéfico con el que vio entre ‘cumplido su deseo’ de besar y abrazar a un león, se encontraba el miércoles por la noche en el hospital aquejada de una conmoción y heridas diversas en la garganta. La señora Carter, de cuarenta y seis años había sido conducida el mismo miércoles al recinto de los leones del Safari Park de Bewdley. Al agacharse para acariciar a la leona Suki, ésta se abalanzó sobre ella tirándola al suelo. Según dijeron más tarde los guardianes, ‘al parecer, nos equivocamos al juzgar a esta leona. Siempre la habíamos considerado totalmente segura’”.

El tratamiento que se da a los animales en la pintura romántica del siglo pasado es ya un reconocimiento de su inminente desaparición. Las imágenes muestran a los animales *retrocediendo* hacia una naturaleza que sólo existía en la imaginación. Hubo, sin embargo, un artista obsesionado con la transformación que estaba a punto de darse y cuya obra es una siniestra ilustración de la misma. Grandville publicó, por entregas, entre 1840 y 1842, su *Vida privada y pública de los animales*.

A primera vista, los animales de Grandville, disfrazados y actuando como si fueran hombres y mujeres, parecen pertenecer a esa antigua tradición según la cual se retrataba a las personas con los rasgos de un animal determinado, a fin de poner claramente de manifiesto un aspecto de su carácter. El truco consistía en algo así como poner una máscara, pero su verdadera función era precisamente desenmascarar. El animal representa la culminación del rasgo característico en cuestión: el león, el valor total; la liebre, la lujuria. Cada animal vivió en algún momento muy próximo al origen de la cualidad que representa. Fue a través del animal como ésta pasó a ser algo reconocible. Por eso el animal le presta su nombre.

Pero a medida que uno se va introduciendo en los grabados de Grandville, empieza a darse cuenta de que la sorpresa que transmiten se deriva, en realidad, de una tendencia totalmente opuesta a la que uno había supuesto al principio. El autor no ha tomado “prestados” a los animales para explicar el carácter de las personas, no está desenmascarando nada; todo lo contrario. Estos animales se han convertido en prisioneros de la situación humana/social en la que han sido forzados. El cuervo como casero es más espantosamente rapaz de lo que lo es como pájaro. Los cocodrilos sentados a la mesa son más glotones de lo que lo son en el río.



Los animales no han sido utilizados aquí como simples recordatorios de nuestros orígenes, o como metáforas morales, están utilizados en *masse* para “poblar” situaciones. Esta tendencia, que culmina en la banalidad de Disney, y empezó como un sueño perturbador y profético en la obra de Grandville.

Los perros de los grabados de Grandville no son en modo alguno caninos; tienen cara de perro, pero lo que sufren en la perrera es su encarcelamiento *como hombres*.

El oso es un buen padre muestra a un oso empujando sin ganas un cochecito de niño, como podría serlo cualquier cabeza de familia humano. El primer volumen de Grandville termina con las siguientes palabras: “Buenas noches, pues, querido lector. Vete a casa y cierra tu jaula; que duermas bien y tengas felices sueños. Hasta mañana”. Los animales y el vulgo han pasado a ser sinónimos, lo que equivale a decir que los animales están desapareciendo.

Un dibujo posterior de Grandville, titulado *Los animales entrando en el arca de Noé*, es totalmente explícito. En la tradición judeo-cristiana, el arca de Noé fue la primera reunión ordenada de animales y hombres. Una reunión que actualmente ha llegado a su fin. Grandville nos muestra la gran partida. En un muelle, una larga cola de diferentes especies desfila lentamente de espaldas al espectador. Sus posturas sugieren todas las dudas de última hora de los emigrantes. A lo lejos se ve la rampa por la que los animales van subiendo por orden riguroso al arca decimonónica, semejante a un buque vapor americano. El oso. El león. El burro. El camello. El gallo. El zorro. Todos parten.

“Hacia 1867”, según la *London Zoo Cuide*, “un artista de music-hall llamado Gran Vance cantó una canción llamada *Walking in the zoo is the O.K. thing to do*, y la palabra ‘zoo’ entró en el lenguaje cotidiano. El zoo de Londres también aportó la palabra ‘Jumbo’ a la lengua inglesa. Jumbo era un elefante africano del tamaño de un mamut que vivió en el zoo de Londres entre 1865 y 1882. La reina Victoria se interesó por él, y finalmente acabó sus días como estrella del famoso circo Barnum que viajó por toda América. Su nombre se continúa utilizando para describir las cosas de proporciones gigantescas”.

Los zoos públicos aparecieron al inicio del período que vería desaparecer a los animales de la vida cotidiana. Esos zoos, a donde va la gente para encontrarse con los animales, para observarlos, para verlos, son, en realidad, monumentos a la imposibilidad de tales encuentros. Los zoos modernos constituyen el epitafio a una relación que era tan antigua como el hombre. No suelen verse desde esta perspectiva porque nadie cuestiona adecuadamente su existencia.

En el momento de su fundación, el zoo de Londres, en 1828, el *Jardin des Plantes*, en 1793, el zoo de Berlín, en 1844, aportaron un prestigio considerable a estas capitales. Tal prestigio no era muy diferente del que se había otorgado a las casas de fieras privadas de la realeza. Estas casas de fieras —junto con el oro, la arquitectura, las orquestas, los



artistas, los muebles, los enanos, los bufones, los uniformes, los caballos, el arte, y la comida—, habían sido demostraciones del poder y la riqueza del emperador o del rey. Del mismo modo en el siglo XIX, los zoos públicos suponían una confirmación del poder colonial moderno. La captura de los animales era una representación simbólica de la conquista de todas aquellas tierras lejanas y exóticas. Los “exploradores” demostraban su patriotismo enviando a la patria un tigre o un elefante. La donación de un animal exótico al zoo de la metrópoli se convirtió en un gesto simbólico de subordinación en las relaciones diplomáticas.

Sin embargo, como todas las demás instituciones públicas del siglo XIX, el zoo, por más que respaldara la ideología del imperialismo, tenía que reivindicar para sí una función cívica independiente. Pretendía ser un tipo más de museo, cuyo fin era fomentar el conocimiento y la ilustración públicas. Por eso los primeros interrogantes que plantean los zoos pertenecen al reino de la historia natural; se creía entonces que era posible estudiar la vida natural de los animales incluso en unas condiciones tan poco naturales. Un siglo más tarde, otros zoólogos más sofisticados, como Konrad Lorenz, se plantean cuestiones conductistas y etiológicas, con el supuesto objetivo de descubrir algo más sobre las fuentes de comportamiento humano a través del estudio de animales bajo condiciones experimentales.

Mientras tanto, los zoos eran visitados cada año por millones de personas, llevadas por una curiosidad que es al mismo tiempo tan vasta, tan imprecisa y tan personal que es difícil de expresar en una sola pregunta. Hoy, en Francia, el número de visitantes que acuden cada año a alguno de los zoos asciende a veintidós millones. Una proporción muy alta de ellos son niños.

En el mundo industrializado, los niños están rodeados de iconografía animal: juguetes, tebeos, películas, decorados de toda suerte. Ninguna otra fuente de iconografía podría llegar a competir con la animal. El interés, aparentemente espontáneo, que muestran los niños por los animales podría hacernos pensar que siempre ha sido este el caso. Ciertamente, algunos de los primeros juguetes (cuando éstos eran algo desconocido para la inmensa mayoría de la población) eran animales. Así también, a lo largo y ancho del mundo, muchos juegos infantiles incluían animales reales o ficticios. Sin embargo, no fue hasta el siglo XIX cuando las reproducciones de animales se convertirían en una constante del decorado de la infancia de la clase media, y luego, en este siglo, con la aparición de los grandes sistemas de exposición y venta, como Disney, de todas las infancias.

En los siglos anteriores, la proporción de juguetes de temática animal era pequeña. Y además éstos no pretendían un realismo absoluto, sino que eran simbólicos. La diferencia era la misma que la existente entre los dos tipos tradicionales de caballito de juguete: el uno, un simple palo con una cabeza rudimentaria sobre el que los niños cabalgaban como



si lo hicieran sobre el palo de una escoba; y el otro, una elaborada “reproducción” de un caballo, pintado de forma realista, con verdaderas riendas de cuero, un penacho de verdad y un movimiento que imitaba al del trote del animal de carne y hueso. El caballito de balancín fue un invento del siglo XIX.

Esta nueva demanda de verosimilitud en los juguetes con temática animal condujo a otros métodos diferentes de fabricación. Se empezaron a producir los primeros animales rellenos de borra o serrín, y los más caros iban recubiertos con piel de animales de verdad, por lo general piel de becerros no natos. Por la misma época aparecieron los animales de peluche, osos, tigres, conejos, del tipo de los que suelen llevarse los niños para ir a dormir. Así pues, la fabricación de juguetes realistas de temática animal coincide, más o menos, con el establecimiento de los zoológicos públicos.

La visita familiar al zoológico suele constituir una ocasión más sentimental que el paseo por la feria o la asistencia a un partido de fútbol. Los adultos llevan a los niños al zoológico para enseñarles los originales de las “reproducciones” que tienen en casa y, quizá también, en la esperanza de volver a encontrar algo de la inocencia de ese mundo animal reproducido que recuerdan de su propia infancia.

Los animales raramente son como los recuerdan los adultos, y para los niños son, en su mayoría, inesperadamente letárgicos y aburridos. (Por lo general, en el zoológico, tan frecuentes como las llamadas de los animales son los gritos de los niños preguntando ¿Dónde está? ¿Por qué no se mueve? ¿Está muerto?) Por ello, podríamos resumir lo que sienten la mayoría de los visitantes, un sentimiento no necesariamente expresado, con esta pregunta: ¿Por qué me han decepcionado estos animales?

Y esta pregunta, aprofundada e implícita, es la que merece la pena contestar.

El zoológico es un lugar en el que se reúnen el mayor número posible de especies y variedades animales, a fin de que puedan ser vistas, observadas, estudiadas. En principio cada jaula es un marco que encuadra al animal que está dentro. Los visitantes acuden al zoológico a mirar a los animales. Pasan de una jaula a otra, de un modo no muy diferente a como lo hacen los visitantes de una galería de arte, que se paran delante de un cuadro y luego avanzan hasta el siguiente o el que está situado después de éste. No obstante, en el zoológico, la visión siempre es falsa. Como si fueran de imágenes desenfocadas. Estamos tan acostumbrados que apenas ya nos damos cuenta de ello; o, más bien, la apología normalmente se anticipa a la desilusión, de modo que esta última no llega a sentirse. Y esa apología suele discurrir así: ¿Qué esperas? Lo que has venido a ver no es un objeto muerto, está vivo. Vive su propia vida. ¿Por qué habría de coincidir ésta con que el animal se muestre adecuadamente visible? Sin embargo, la lógica de esta defensa no es válida. La verdad es más sobrecogedora.



Se los mire como se los mire, aun cuando el animal esté de pie contra los barrotes, a menos de una cuarta de nosotros, de cara al público, *lo que estamos viendo es algo que ha pasado a ser absolutamente marginal*; y toda la concentración que podamos reunir nunca será suficiente para volver a ponerlo en el centro. ¿Por qué sucede esto?

Dentro de unos límites, los animales son libres, pero tanto ellos como sus espectadores dan por supuesto su estrecho confinamiento. La visibilidad a través del cristal, los estudios entre los barrotes, o el aire vacío por encima del foso no son lo que parecen; si lo fueran, todo sería distinto. Así pues, la visibilidad, el espacio, el aire han sido reducidos a símbolos.

El decorado acepta estos elementos como símbolos y a veces los reproduce para crear una mera ilusión, como es el caso de los prados o los estanques pintados al fondo de las jaulas de los animales pequeños. Otras veces, las más, el decorado simplemente añade otros símbolos que sugieran algo relativo al paisaje original del animal: ramas secas en el caso de los monos, rocas artificiales en el de los osos, guijarros y agua poco profunda para los cocodrilos. Estos símbolos añadidos cumplen dos funciones distintas: para el espectador, son algo parecido a los accesorios teatrales; para los animales constituyen el entorno mínimo en el que puedan existir físicamente.

Los animales, aislados los unos de los otros y sin ningún tipo de reciprocidad entre las especies, se vuelven profundamente dependientes de sus cuidadores. Y, por consiguiente, la mayoría de sus respuestas se transforman. Lo que constituyó una parte central de sus intereses ha sido sustituido por una pasiva espera. Los acontecimientos que perciben a su alrededor se han vuelto tan ilusorios, en términos de sus respuestas naturales, como los prados pintados al fondo de las jaulas. Al mismo tiempo, este mismo aislamiento garantiza (por lo general) su longevidad como especímenes y facilita su clasificación taxonómica.

Todo esto es lo que los hace marginales. El espacio que habitan es artificial. De ahí su tendencia a amontonarse en los extremos de éste. (Tal vez, al otro lado de éstos se encuentre el espacio real). En algunas jaulas la luz también es artificial. En todos los casos el entorno es ilusorio. Nada los rodea, salvo su propio aletargamiento o hiperactividad. No tienen sobre qué actuar, excepto, brevemente, los alimentos y, de forma ocasional, la pareja que les es proporcionada para su acoplamiento. (De ahí que sus actos repetitivos devengan actos marginales, sin un objeto). Por último, su dependencia y aislamiento condicionan hasta tal punto sus respuestas que tratan todo lo que sucede a su alrededor —por lo general, delante de ellos, que es donde está el público—, como marginal. (De ahí que se apropien de una actitud por lo demás exclusivamente humana: la indiferencia).

Los zoos, los juguetes realistas de temática animal, la extensa difusión comercial de la imaginería animal, todo ello comenzó cuando los animales empezaron a ser eliminados de la vida cotidiana. Podríamos suponer que estas innovaciones eran compensatorias. Sin embargo, pertenecían a esa misma tendencia implacable a la dispersión de los animales.



Los zoos, teatralmente decorados para su exhibición, eran en realidad demostraciones de su absoluta marginación. Los juguetes realistas hicieron que aumentara la demanda de la nueva marioneta animal: el animal doméstico urbano. La reproducción de los animales en imágenes, dado que su reproducción biológica disminuye sin cesar, se vio forzada por la competencia a plasmar animales exóticos y remotos.

Los animales desaparecen de todas partes. En los zoos constituyen un monumento vivo a su propia desaparición. Y por ello provocan la última metáfora animal. *El mono desnudo* y *The human zoo* son los títulos de dos “bestsellers” mundiales. En estos libros, el zoólogo Desmond Morris propone que el comportamiento artificial de los animales en cautividad pueden ayudarnos a comprender, aceptar y vencer el estrés que supone vivir en las sociedades de consumo.

Todos los lugares que entrañan una marginación forzada —los ghettos, los suburbios, las prisiones, los manicomios, los campos de concentración— tienen algo en común con los zoos. Pero es demasiado fácil, demasiado evasivo utilizar el zoo como símbolo. El zoo es una demostración de las relaciones entre el hombre y los animales; y nada más. A esta marginación de los animales les sigue hoy la marginación, la eliminación, de la única clase que a lo largo de la historia permaneció en contacto con los animales y perpetuó la sabiduría que acompaña a ese contacto: el pequeño campesinado. La base de esta sabiduría es la aceptación del dualismo existente en el origen mismo de la relación entre el hombre y el animal. El rechazo de este dualismo constituye probablemente un factor importante en la aparición del totalitarismo moderno. Pero no quiero traspasar los límites de aquel interrogante aprofesional e implícito que plantea el zoo a la mayoría de sus visitantes.

El zoo sólo puede desilusionar. El fin público de los zoos es ofrecer a los visitantes la oportunidad de mirar a los animales. No obstante, la mirada del intruso no se encontrará con la de animal alguno en todo el zoo. Como máximo, los ojos del animal vacilan y luego pasan de largo. Miran de lado. Miran sin ver más allá de los barrotes. Escudriñan mecánicamente. Están inmunizados contra el encuentro porque ya nada puede ocupar un lugar en *central* en su interés.

Aquí reside la consecuencia última de su marginación. Aquella mirada entre el hombre y el animal, que probablemente desempeñó un papel fundamental en el desarrollo de la sociedad humana y con la que, en cualquier caso, habían vivido todos los hombres hasta hace menos de un siglo, esa mirada se ha extinguido. El visitante que acude al zoo sin compañía está completamente solo cuando mira a todos y cada uno de los animales. En cuanto a las masas, pertenecen a una especie que ha acabado por quedar aislada.

La cultura del capitalismo no puede reparar hoy esa pérdida histórica a la que los zoos constituyen un monumento.

1977



INFORME PARA UNA ACADEMIA

FRANZ KAFKA*

◆ Honorables señores de la Academia!

Es para mí un gran honor seguir su invitación para presentar mi informe a la Academia sobre mi anterior vida simiesca.

Pero, desgraciadamente, no puedo corresponder a sus peticiones en ese sentido. Ya han pasado casi cinco años desde que me desvinculé de mi condición de primate, un período de tiempo que quizás resulte breve mirando el calendario, pero que fue terriblemente largo de recorrer, especialmente en la forma que yo lo hice, acompañado por hombres eximios en cada tramo, consejos, ovaciones, música de orquesta aunque siempre estuviera solo en realidad, dado que todos los que me acompañaban se quedaban, digámoslo con lenguaje figurado, tras la barrera. Todo esto habría sido impensable si yo, testarudo, hubiera preferido seguir aferrándome a mis orígenes y recuerdos de juventud. Justo esa renuncia a toda esa testarudez fue la magna regla que me impuse yo mismo; yo, un mono libre, me sometí a ese yugo. Precisamente por esto, no obstante, los recuerdos desaparecen cada vez más. Si desde el principio, en caso de que así lo hubiesen deseado los hombres, se hubiera conservado abierto el camino de vuelta a través de la gran puerta que el cielo crea sobre la tierra, mi progresivo y violento desarrollo se habría vuelto más estrecho y asfixiante; me encontraba mucho mejor y más integrado en el mundo humano, la tormenta que llegaba hasta mí desde el pasado se suavizaba; ahora es tan solo una corriente de aire que enfría mis talones, y ese agujero distante por el que sopla el aire y que yo crucé también es ahora tan pequeño que, si tuviera fuerza y voluntad para volver, habría de desollarme la piel para poder pasar. Dicho con total franqueza, por mucho que me guste utilizar imágenes para estas cosas, dicho con toda sinceridad: ¡Su condición simiesca, señores, en caso de que cuenten con algo similar a sus espaldas, no puede resultarles más rara que a mí la mía! Pero el talón le cosquillea a todo el que camina por la tierra: tanto al pequeño chimpancé como al gran Aquiles.



* Franz Kafka, *Franz Kafka narrativa completa* (Porriño: Plutón Ediciones, 2023), 797-804.

Sin embargo, aunque de forma limitada, creo que seré capaz de contestar a su pregunta, y lo haré encantado. Dar la mano fue lo primero que aprendí. Dar la mano es una muestra de sinceridad. Por eso deseo que hoy, cuando estoy en el punto álgido de mi carrera, ese sincero apretón de manos quede reflejado en la sinceridad de mis palabras. No creo que pueda atribuir nada nuevo a la Academia y temo que quedaré atrasado en lo que respecta a sus expectativas y respecto a lo que me es imposible revelar, aun con mi mejor voluntad; de todas maneras, enseñaré las directrices gracias a las que un primate pudo adentrarse en la vida humana y quedarse en ella sólidamente. No sería capaz de decir lo que sigue a continuación si no tuviera tanta seguridad en mí mismo y si mi lugar en todos los grandes escenarios de Variedades del mundo civilizado no hubiera quedado afianzado hasta ser inalterable.

Nací en Costa de Oro. Para los detalles de cómo fui capturado, preciso de informes ajenos.

Una expedición de caza dispuesta por la empresa Hagenbeck —con el patrón, por lo demás he vaciado más de una buena botella de vino tinto desde entonces— acechaba oculta tras los arbustos junto a la orilla de un río, cuando yo me acerqué a beber por la noche, en medio de mi grupo. Dispararon. Solo acertaron a darme a mí: recibí dos disparos. Uno en la mejilla, no fue grave. Me dejó una gran cicatriz roja sin pelo, que hizo que me diesen el apodo asqueroso e inexacto de Pedro el Rojo, digno invento de un mono, como si la única diferencia con el primate amaestrado Pedro, fallecido no hace mucho, fuese la mancha roja en la mejilla. Digo esto solo de paso.

El segundo disparo me dio debajo de la cadera. Fue grave, este tiene la culpa de que aún cojee algo. Recientemente leí en un artículo, escrito por alguno de los diez mil galgos que se abalanzaban sobre mí desde los periódicos, que no se ha suprimido del todo mi naturaleza simiesca y que la prueba es que, cuando me visitan me agrada bajarme los pantalones para enseñar la cicatriz. A este tipo deberían cortársele todos los dedos de la mano con la que escribe. Puedo bajarme los pantalones delante de quien yo quiera, no se verá otra cosa que una piel bien cuidada y la cicatriz —escojamos aquí un adjetivo determinado para un fin determinado, pero que no debe malinterpretarse—, la cicatriz, digo, de un tiro denigrante. No hay nada que esconder, está todo a la vista. Cuando se refiere a la verdad, cualquier interesado lanza por la borda incluso sus modales más finos. Si fuese al contrario y ese periodista se bajase los pantalones cuando viene de visita, todo tendría un aspecto muy diferente y quiero destacar como gesto razonable que no lo haga. Pero ¿entonces que me deje tranquilo con su delicadeza?

Tras recibir aquellos tiros —y aquí empiezan mis propios recuerdos—, desperté atrapado en una jaula colocada en el entrepuente de un vapor de Hagenbeck. La jaula no contaba con cuatro lados enrejados sino tres, pegados a una caja; la caja, por tanto,



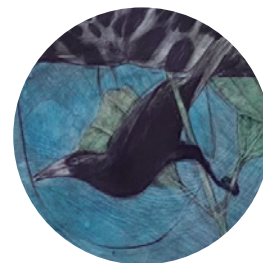
era el cuarto lado. Era demasiado baja para poder ponerse en pie y demasiado estrecha para sentarse por lo que me quedaba en cuclillas, con las rodillas agitadas por continuos temblores, y seguramente prefería no ver a nadie y solo quedarme a oscuras, girado hacia la caja, mientras se clavaban en mi espalda los barrotes. Se considera que es mejor encerrar a los animales salvajes así, al menos al principio, y yo no puedo negar hoy, sirviéndome de mi experiencia, que, en un sentido humano, realmente así es.

Pero en esos instantes no pensaba en ello. Por primera vez en mi vida no tenía una salida, por lo menos, de frente era imposible; delante de mí encontré una pequeña ranura entre dos tablas, y la recibí con los benditos aullidos de la irracionalidad, pero ese espacio no era suficiente como para meter el rabo y, por mucha fuerza que tuviera, no podría agrandarlo de ninguna manera.

Según me explicaron más tarde, parece que hizo poco ruido, lo que no era usual, por eso pensaron que moriría pronto o que, si conseguía pasar el período crítico, sería apto para ser amaestrado. Sobreviví. Sollozos ahogados, la búsqueda dolorosa de pulgas, apáticos lametones a un coco, golpetear la caja con la cabeza, mostrar la lengua cuando se aproximaba alguien: estas fueron mis ocupaciones principales en mi nueva vida. Pero hiciera lo que hiciera, siempre tenía la misma convicción: no hay salida. Como es lógico, ahora únicamente puedo manifestar esos sentimientos simiescos con palabras humanas y que así conste, pero, aunque ya me sea imposible llegar a la antigua verdad simiesca, por lo menos mi descripción va en esa dirección, eso es indudable.

Había tenido tantas salidas hasta ese momento, pero ahora ninguna. Estaba encerrado. Si me hubieran apuntalado, no habría sido menor mi libertad. ¿Por qué? Si te pica entre los dedos del pie, no sabrás la razón. Si el barrote *me* aprieta tanto en la espalda que sientes que te parte por la mitad, no sabrás la razón. No tenía salida alguna, así que me tendría que buscar una, dado que no podía vivir sin ella. Observando siempre las tablas de esa caja habría acabado muriendo sin más. Pero el destino de los monos de Hagenbeck es mirar la caja, bueno, en ese caso dejaría de ser un mono. Un pensamiento hermoso y claro, que tuve que idear en el estómago, pues los monos piensan solo con este.

Temo que no se comprenda bien lo que quiero decir con la palabra “salida”. Uso la palabra en su sentido más habitual y normal. No empleo el término «libertad» a propósito. No me refiero a ese gran sentimiento de libertad hacia todas las direcciones. Como primate lo experimenté y he conocido seres humanos que lo deseaban. Pero en lo que a mí se refiere, no he reclamado libertad ni en aquel momento ni ahora. Dicho sea de paso: con la libertad los hombres se engañan cada mañana entre ellos muy a menudo. Y así como la libertad corresponde a los sentimientos más elevados, el fraude correspondiente equivale al mismo nivel. Frecuentemente, cuando trabajaba en las Variedades, veía, antes de salir a escena, cómo una pareja artística hacía ejercicios sobre el trapecio allá arriba.



Se balanceaban, daban vueltas, saltaban, quedaban colgados en el aire sostenidos por los brazos, uno de ellos sujetaba al otro por el pelo con la boca. “Eso también es libertad humana», pensé, «movimiento soberano”. ¡Ay, ironía de la sagrada naturaleza! No restaría nada en pie frente a las risas de toda la especie simiesca ante tal visión.

No, no era libertad lo que quería. Solamente una salida: hacia la derecha, la izquierda, hacia cualquier dirección, no pedía nada más. Si la salida fuera tan solo una falsedad, bueno, mi petición era pequeña, así que esta no podría ser más grande. ¡Salir adelante! ¡Salir adelante! Pero no quedarme allí quieto con los brazos levantados, apretado en una caja.

Hoy lo veo claro, no habría salido si no hubiera logrado mantener la calma. Y, honestamente, todo cuanto soy hoy se lo debo a la serenidad que me inundó en el barco, pasados los primeros días. Pero esa tranquilidad, a su vez, era también obra de la tripulación del barco.

Son buenas personas, a pesar de todo. Aún hoy me gusta recordar el sonido de sus pasos pesados que, en ese entonces, resonaban en mi estado de adormecimiento. Acostumbraban a empezar cualquier actividad con extrema lentitud. Si uno quería restregarse los ojos, alzaba la mano como si se sujetase un peso con ella. Sus bromas eran groseras pero cariñosas. Sus risas se juntaban siempre con una tos que parecía peligrosa pero que no tenía importancia. Siempre tenían algo para escupir en la boca y les daba igual hacia dónde lo hacían. Se quejaban siempre de que mis pulgas saltaban sobre ellos, pero esto no los hacía enfadarse conmigo; sabían que en mi piel habían pulgas y que estas saltaban, con eso se satisfacían. Cuando no estaban de servicio, algunos se sentaban a veces en derredor mío, entonces apenas hablaban, solo farfullaban entre ellos; fumaban en pipa tirados sobre cajas; en cuanto me movía mínimamente se golpeaban la rodilla y, de tanto en tanto, uno tomaba un bastón y me rascaba donde me gustaba. Si hoy me hicieran una invitación para una travesía en ese barco, la rechazaría firmemente, pero con la misma firmeza afirmo que no solo guardo malos recuerdos de ese tiempo.

La serenidad que adquiría en la compañía de aquellas personas es la que me impidió intentar fugarme. Visto desde este momento, me da la sensación de que presintiera que necesitaba una salida si quería seguir vivo, pero que tal salida no era posible hallarla a través de la huida. No sé si en realidad era posible escapar, yo lo creo, a un mono siempre debería resultarle posible huir. Con los dientes que tengo ahora, debo poner mucho cuidado al morder unas simples nueces, pero en aquel entonces habría podido romper el candado de la jaula con los dientes. No lo hice. ¿Qué habría conseguido con ello? Me habrían vuelto a capturar en cuanto sacara la cabeza y habría sido encerrado en una jaula mucho peor; o quizás habría huido yendo directamente hacia otros animales, por ejemplo, hacia una serpiente gigante, que me habría asfixiado con su abrazo mortal; o a lo mejor

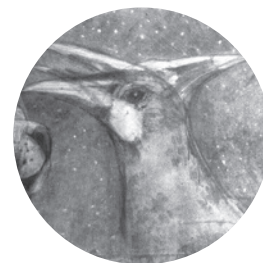


habría llegado hasta la cubierta para saltar por la borda, entonces el océano me habría mecido por un rato y después me habría ahogado. Actos desesperados. Yo no razonaba como los humanos, pero, gracias a ese ambiente, me comporté como si pudiera hacerlo.

No razonaba, pero lo contemplaba todo con gran quietud. Veía ir y venir a los hombres, siempre las mismas caras, los mismos movimientos, a menudo me parecía como si todos fueran el mismo hombre. Este hombre o esos hombres caminaban sin preocupaciones. A mi mente llegó un gran objetivo. Nadie me prometía que si me transformaba en lo que ellos eran retirarían los barrotes. Nadie hace promesas que no puede cumplir. Pero si se cumplen, las promesas llegarán después, y, además, justo allí donde anteriormente se habían buscado inútilmente. Pero no había nada en aquellos hombres que me convenciera. Si hubiera sido un amante de la libertad antes mencionada, seguro que habría optado por el océano antes que la salida que aparecía en la mirada enturbiada de aquellos hombres. Sin embargo, los había estado contemplando mucho antes de que empezara a pensar en estas cosas, si, acumular tantas observaciones fue lo que me impulsó en una dirección determinada.

Resultaba tan fácil imitar a la gente. Aprendí a escupir en los primeros días, la única diferencia residía en que yo me lamía el rostro tras hacerlo y ellos no. Muy pronto fumé la pipa como un viejo; si apretaba la cazoleta con los pulgares, había gritos de alegría en el entrepuente; solamente me faltó entender la diferencia entre la pipa vacía y llena durante mucho tiempo.

El mayor esfuerzo fue la botella de aguardiente. Su simple olor me torturaba; me obligué con fuerza, pero fueron largas semanas antes de que superara la repulsión. Es raro, esas luchas internas se tornaban más en serio que cualquier otra de mis exhibiciones. No distingo a la gente en mis recuerdos, pero había uno que venía a menudo, unas veces solo, otras con sus compañeros, de noche o de día, y a distintas horas. Se ponía frente a mí con la botella y quería enseñarme. No me entendía y quería descifrar el misterio de mi ser. Descorchaba despacio la botella y después me miraba para comprobar si comprendía; tengo que admitir que lo que miraba con una atención cada vez más salvaje. Ningún maestro humano hallará en el mundo un alumno tan ansioso como aquel. Tras descorchar la botella, se la llevaba a la boca, yo la seguía con la mirada, él asentía, contento conmigo, y se llevaba la botella a los labios; yo, satisfecho con mi lento progresar, me rascaba, gruñendo contento, todas las zonas de mi cuerpo que lo requiriesen; él se alegraba y daba un trago a la botella; yo, impaciente y desesperado por copiarle, me ensuciaba en la jaula, lo que le provocaba, de nuevo, gran satisfacción; y después alejaba la botella de sí y volvía a llevársela a la boca con ímpetu; acto seguido bebía, inclinando exageradamente la botella por su afán didáctico, y la vaciaba de un trago. Yo, cansado por el excesivo afán, ya no



podía seguirle y me colgaba, cansado como estaba, de los barrotes, mientras él acababa la clase teórica tocándose el estómago y riéndose con sarcasmo.

Luego empezaban los ejercicios prácticos. ¿No me hallaba cansado ya por la teoría? Sí, demasiado, pero eso era parte mi destino. Así que sujetaba la botella lo mejor que podía, la descorchaba con temblores; con los buenos resultados sentía cómo iba teniendo fuerzas nuevas poco a poco; alzaba la botella, fiel reflejo de mi maestro, la ponía en mis labios... y la lanzaba con repulsión, con repugnancia, a pesar de que estaba vacía y solamente mantenía el olor, pero no lo aguantaba y la lanzaba con asco al suelo. Una gran decepción de mi maestro, y una gran decepción de mí mismo. Ni a él ni a mí nos contentaba el que tras haber lanzado la botella no olvidara frotarme diligentemente el estómago y reír con sarcasmo.

Así acabó la clase muy a menudo. Y para honra de mi maestro he de decir que jamás se enfadó conmigo. Aunque de tanto en tanto aplicaba la pipa ardiendo a mi piel, en algún lugar al que yo no solía llegar, y la dejaba hasta que empezaba a arder, después, no obstante, él mismo apagaba las flamas con su enorme mano; no se enfadaba conmigo, solamente veía que los dos luchábamos en el mismo equipo contra la naturaleza simiesca y yo me llevaba la peor parte.

Pero qué victoria para él y para mí cuando, una noche, frente a un buen círculo de espectadores —quizá era una fiesta, ya que se escuchaba música de gramófono y un oficial paseaba por entre la gente—, alguien, sin fijarse, dejó una botella de aguardiente delante de mi jaula y lo la agarré, mientras los presentes me observaban cada vez más atentos, después la descorché tal y como había aprendido, la puse en mi boca y, sin dudar, sin rechazarla, como si fuera un bebedor con experiencia, girando los ojos, la garganta llena de líquido, me la bebí entera y de verdad; lancé la botella, ya no con desespero sino como un artista, aunque es verdad que olvidé frotarme el estómago. Pero fue porque no podía ser de otra manera, porque algo dentro de mí peleaba por salir, porque mis sentidos estaban alterados. Acto seguido grité: “¡Hola!”. Era un sonido humano, nada más salir de mis labios, la gente a mi alrededor dio un salto y su eco fue: “¡Escuchad, ha hablado!”. Esas palabras, para mí, fueron como un beso en todo mi sudado cuerpo.

Lo repito, no me seducía copiar a los hombres; yo lo hacía porque estaba buscando una salida, por nada más. Pero con aquella victoria no se logró mucho. La voz volvió a fallarme muy rápido, solo volví a tenerla pasados varios meses. Mi repulsión por la botella se fortaleció. Sin embargo, sabía, de una vez por todas, la dirección en que debía avanzar.

Cuando me dejaron con el primer domador en Hamburgo, supe enseguida que tenía dos opciones: el jardín zoológico o las Variedades. No tuve dudas. Me dije: usa todas tus fuerzas para ir a las Variedades, esa es la salida, el zoológico es tan solo una nueva jaula. Si entras allí, estás acabado.



Y aprendí, señores. ¡Ay!, se aprende cuando es una obligación, se aprende sin miramientos. Me supervisaba a mí mismo con el látigo, me desgarraba la carne cuando oponía resistencia. Mi naturaleza de primate salía de mí con rabia, desarticulada, de forma que mi primer maestro casi se vuelve simiesco, renunció a continuar adiestrándome y fue ingresado en un manicomio. Felizmente estuvo allí un breve período.

Tuve muchos maestros, incluso varios a la vez. Cuando me sentí más seguro de mis capacidades y la opinión pública seguía mis avances; cuando, en definitiva, empezó a alumbrarse mi futuro, yo mismo contraté a mis maestros, los senté en cinco habitaciones contiguas y aprendí con todos a la vez, saltando constantemente de una habitación a otra.

¡Cómo progresaba! ¡Cómo digería mi cerebro los rayos del saber! No lo niego, me provocaba una gran felicidad. Pero también admito que no le di demasiada importancia, ni en aquel momento ni, mucho menos, ahora. Con un esfuerzo insólito en la historia de este planeta, llegué a la educación media de un europeo. Puede que eso no quiera decir nada en sí mismo, pero sí lo hace en cuanto me fue de ayuda para salir de la jaula y me dio esa salida especial, la salida del hombre. Hay una expresión muy adecuada en este contexto: «internarse en el bosque», eso es lo que hice, me interné en el bosque. No tenía más cominos, especialmente considerando que la libertad no era una opción.

Si pienso en mis avances y en la meta que me planteaba, no me quejo, pero tampoco estoy contento. Con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones, la botella de vino encima de la mesa, me quedo reclinado en mi butaca y miro por la ventana. Si llega una visita, la recibo como se debe. Mi empresario se sienta en el recibidor, si le hablo, viene y escucha lo que le digo. Casi todas las noches hay actuación, y ya mis éxitos son insuperables. Si por la noche llego tarde de algún banquete o de reuniones científicas, y quiero estar cómodo en mi casa, allí me aguarda una chimpancé medio adiestrada y lo paso bien con ella a la manera simiesca. Durante el día no quiero verla: tiene la mirada perdida del animal amaestrado, eso solo lo reconozco yo y no lo soporto.

En general he logrado todo lo que quería. No puede decirse que no haya valido la pena. Por lo demás, no quiero que me valoren los hombres, solamente quiero esparcir el saber; me limito a dar información también a ustedes, respetables miembros de la Academia, también a ustedes tan solo les he dado información.



AXOLOT

JULIO CORTÁZAR*

Hubo un tiempo en que yo pensaba mucho en los *axolotls*. Iba a verlos al acuario del *Jardin des Plantes* y me quedaba horas mirándolos, observando su inmovilidad, sus oscuros movimientos. Ahora soy un axolotl.

El azar me llevó hasta ellos una mañana de primavera en que París abría su cola de pavoreal después de la lenta invernada. Bajé por el bulevar de Port-Royal, tomé St. Marcel y L'Hôpital, vi los verdes entre tanto gris y me acordé de los leones. Era amigo de los leones y las panteras, pero nunca había entrado en el húmedo y oscuro edificio de los acuarios. Dejé mi bicicleta contra las rejas y fui a ver los tulipanes. Los leones estaban feos y tristes y mi pantera dormía. Opté por los acuarios, soslayé peces vulgares hasta dar inesperadamente con los axolotls. Me quedé una hora mirándolos y salí, incapaz de otra cosa.

En la biblioteca Saint-Geneviève consulté un diccionario y supe que los axolotls son formas larvales, provistas de branquias, de una especie de batracios del género *amblistoma*. Que eran mexicanos lo sabía ya por ellos mismos, por sus pequeños rostros rosados aztecas y el cartel en lo alto del acuario. Leí que se han encontrado ejemplares en África capaces de vivir en tierra durante los períodos de sequía, y que continúan su vida en el agua al llegar la estación de las lluvias. Encontré su nombre español, *ajolote*, la mención de que son comestibles y que su aceite se usaba (se diría que no se usa más) como el de hígado de bacalao.

No quise consultar obras especializadas, pero volví al día siguiente al Jardín des Plantes. Empecé a ir todas las mañanas, a veces de mañana y de tarde. El guardián de los acuarios sonreía perplejo al recibir el billete. Me apoyaba en la barra de hierro que bordea los acuarios y me ponía a mirarlos. No hay nada de extraño en esto, porque desde un primer momento comprendí que estábamos vinculados, que algo infinitamente perdido y distante seguía sin embargo uniéndonos. Me había bastado detenerme aquella primera

* Julio Cortázar, "Axolot", en *Cuentos Completos I* (1994) (Bogotá: Penguin Random House Grupo Editorial, 2024), 400-404.

mañana ante el cristal donde unas burbujas corrían en el agua. Los axolotls se amontonaban en el mezquino y angosto (sólo yo puedo saber cuán angosto y mezquino) piso de piedra y musgo del acuario. Había nueve ejemplares, y la mayoría apoyaba la cabeza contra el cristal, mirando con sus ojos de oro a los que se acercaban. Turbado, casi avergonzado, sentí como una impudicia asomarme a esas figuras silenciosas e inmóviles aglomeradas en el fondo del acuario. Aislé mentalmente una, situada a la derecha y algo separada de las otras, para estudiarla mejor. Vi un cuerpecito rosado y como translúcido (pensé en las estatuillas chinas de cristal lechoso), semejante a un pequeño lagarto de quince centímetros, terminado en una cola de pez de una delicadeza extraordinaria, la parte más sensible de nuestro cuerpo. Por el lomo le corría una aleta transparente que se fusionaba con la cola, pero lo que me obsesionó fueron las patas, de una finura sutilísima, acabadas en menudos dedos, en uñas minuciosamente humanas. Y entonces descubrí sus ojos, su cara. Un rostro inexpresivo, sin otro rasgo que los ojos, dos orificios como cabezas de alfiler, enteramente de un oro transparente, carentes de toda vida, pero mirando, dejándose penetrar por mi mirada que parecía pasar a través del punto áureo y perderse en un diáfano misterio interior. Un delgadísimo halo negro rodeaba el ojo y los inscribía en la carne rosa, en la piedra rosa de la cabeza vagamente triangular, pero con lados curvos e irregulares, que le daban una total semejanza con una estatuilla corroída por el tiempo. La boca estaba disimulada por el plano triangular de la cara, sólo de perfil se adivinaba su tamaño considerable; de frente una fina hendedura rasgaba apenas la piedra sin vida. A ambos lados de la cabeza, donde hubieran debido estar las orejas, le crecían tres ramitas rojas como de coral, una excrecencia vegetal, las branquias, supongo. Y era lo único vivo en él, cada diez o quince segundos las ramitas se enderezaban rígidamente y volvían a bajarse. A veces una pata se movía apenas, yo veía los diminutos dedos posándose con suavidad en el musgo. Es que no nos gusta movernos mucho, y el acuario es tan mezquino; apenas avanzamos un poco nos damos con la cola o la cabeza de otro de nosotros; surgen dificultades, peleas, fatiga. El tiempo se siente menos si nos estamos quietos.

Fue su quietud la que me hizo inclinarme fascinado la primera vez que vi los axolotls. Oscuramente me pareció comprender su voluntad secreta, abolir el espacio y el tiempo con una inmovilidad indiferente. Después supe mejor, la contracción de las branquias, el tanteo de las finas patas en las piedras, la repentina natación (algunos de ellos nadan con la simple ondulación del cuerpo) me probó que eran capaz de evadirse de ese sopor mineral en el que pasaban horas enteras. “Sus ojos, sobre todo, me obsesionaban”. Al lado de ellos en los restantes acuarios, diversos peces me mostraban la simple estupidez de sus hermosos ojos semejantes a los nuestros. Los ojos de los axolotls me decían de la presencia de una vida diferente, de otra manera de mirar. Pegando mi cara al vidrio (a veces el guardián tosía inquieto) buscaba ver mejor los diminutos puntos áureos, esa



entrada al mundo infinitamente lento y remoto de las criaturas rosadas. Era inútil golpear con el dedo en el cristal, delante de sus caras; jamás se advertía. Los ojos de oro seguían ardiendo con su dulce, terrible luz; seguían mirándome desde una profundidad insondable que me daba vértigo.

Y sin embargo estaban cerca. Lo supe antes de esto, antes de ser un axolotl. Lo supe el día en que me acerqué a ellos por primera vez. Los rasgos antropomórficos de un mono revelan, al revés de lo que cree la mayoría, la distancia que va de ellos a nosotros. La absoluta falta de semejanza de los axolotls con el ser humano me probó que mi reconocimiento era válido, que no me apoyaba en analogías fáciles. Sólo las manecitas... Pero una lagartija tiene también manos así, y en nada se nos parece. Yo creo que era la cabeza de los axolotls, esa forma triangular rosada con los ojillos de oro. Eso miraba y sabía. Eso reclamaba. No eran *animales*.

Parecía fácil, casi obvio, caer en la mitología. Empecé viendo en los axolotls una metamorfosis que no conseguía anular una misteriosa humanidad. Los imaginé conscientes, esclavos de su cuerpo, infinitamente condenados a un silencio abisal, a una reflexión desesperada. Su mirada ciega, el diminuto disco de oro inexpressivo y sin embargo terriblemente lúcido, me penetraba como un mensaje: «Sálvanos, sálvanos». Me sorprendía musitando palabras de consuelo, transmitiendo pueriles esperanzas. Ellos seguían mirándome inmóviles; de pronto las ramillas rosadas de las branquias se enderezaban. En ese instante yo sentía como un dolor sordo; tal vez me veían, captaban mi esfuerzo por penetrar en lo impenetrable de sus vidas. No eran seres humanos, pero en ningún animal había encontrado una relación tan profunda conmigo. Los Axolotl eran como testigos de algo, y a veces como horribles jueces. Me sentía innoble frente a ellos; había una pureza tan espantosa en esos ojos transparentes. Eran larvas, pero larva quiere decir máscara y también fantasma. Detrás de esas caras aztecas, inexpressivas y sin embargo de una crueldad implacable, ¿qué imagen esperaba su hora?

Les temía. Creo que de no haber sentido la proximidad de otros visitantes y del guardián, no me hubiese atrevido a quedarme solo con ellos. “Usted se los come con los ojos”, me decía riendo el guardián, que debía suponerme un poco desequilibrado. No se daba cuenta de que eran ellos los que me devoraban lentamente por los ojos en un canibalismo de oro. Lejos del acuario no hacía más que pensar en ellos, era como si me influyeran a distancia. Llegué a ir todos los días, y de noche los imaginaba inmóviles en la oscuridad, adelantando lentamente una mano que de pronto encontraba la de otro. Acaso sus ojos veían en plena noche, y el día continuaba para ellos indefinidamente. Los ojos de los axolotls no tienen párpados.

Ahora sé que no hubo nada de extraño, que eso tenía que ocurrir. Cada mañana al inclinarme sobre el acuario el reconocimiento era mayor. Sufrían, cada fibra de mi cuerpo alcanzaba ese sufrimiento amordazado, esa tortura rígida en el fondo del agua. Espiaban



algo, un remoto señorío aniquilado, un tiempo de libertad en que el mundo había sido de los axolotls. No era posible que una expresión tan terrible que alcanzaba a vencer la inexpresividad forzada de sus rostros de piedra, no portara un mensaje de dolor, la prueba de esa condena eterna, de ese infierno líquido que padecían. Inútilmente quería probarme que mi propia sensibilidad proyectaba en los axolotls una conciencia inexistente. Ellos y yo sabíamos. Por eso no hubo nada de extraño en lo que ocurrió. Mi cara estaba pegada al vidrio del acuario, mis ojos trataban una vez más de penetrar el misterio de esos ojos de oro sin iris y sin pupila. Veía de muy cerca la cara de un axolotl inmóvil junto al vidrio. Sin transición, sin sorpresa, vi mi cara contra el vidrio, en vez del axolotl vi mi cara contra el vidrio, la vi fuera del acuario, la vi del otro lado del vidrio. Entonces mi cara se apartó y yo comprendí.

Sólo una cosa era extraña: seguir pensando como antes, saber. Darme cuenta de eso fue en el primer momento como el horror del enterrado vivo que despierta a su destino. Afuera, mi cara volvía a acercarse al vidrio, veía mi boca de labios apretados por el esfuerzo de comprender a los axolotls. Yo era un axolotl y sabía ahora instantáneamente que ninguna comprensión era posible. Él estaba fuera del acuario, su pensamiento era un pensamiento fuera del acuario. Conociéndolo, siendo él mismo, yo era un axolotl y estaba en mi mundo. El horror venía —lo supe en el mismo momento— de crearme prisionero en un cuerpo de axolotl, transmigrado a él con mi pensamiento de hombre, enterrado vivo en un axolotl, condenado a moverme lúcidamente entre criaturas insensibles. Pero aquello cesó cuando una pata vino a rozarme la cara, cuando moviéndome apenas a un lado vi a un axolotl junto a mí que me miraba, y supe que también él sabía, sin comunicación posible pero tan claramente. O yo estaba también en él, o todos nosotros pensábamos como un hombre, incapaces de expresión, limitados al resplandor dorado de nuestros ojos que miraban la cara del hombre pegada al acuario.

Él volvió muchas veces, pero viene menos ahora. Pasa semanas sin asomarse. Ayer lo vi, me miró largo rato y se fue bruscamente. Me pareció que no se interesaba tanto por nosotros, que obedecía a una costumbre. Como lo único que hago es pensar, pude pensar mucho en él. Se me ocurre que al principio continuamos comunicados, que él se sentía más que nunca unido al misterio que lo obsesionaba. Pero los puentes están cortados entre él y yo porque lo que era su obsesión es ahora un axolotl, ajeno a su vida de hombre. Creo que al principio yo era capaz de volver en cierto modo a él —ah, sólo en cierto modo—, y mantener alerta su deseo de conocernos mejor. Ahora soy definitivamente un axolotl, y si pienso como un hombre es sólo porque todo axolotl piensa como un hombre dentro de su imagen de piedra rosa. Me parece que de todo esto alcancé a comunicarle algo en los primeros días, cuando yo era todavía él. Y en esta soledad final, a la que él ya no vuelve, me consuela pensar que acaso va a escribir sobre nosotros, creyendo imaginar un cuento va a escribir todo esto sobre los axolotls.



LOS DOS MONOS DE BRUEGHEL

WISŁAWA SZYMBORSKA*

Este es mi gran sueño del examen final:
en la venta hay dos monos encadenados.
Detrás de la venta vuela el cielo
y se baña el mar.

Es el examen de historia de la gente.
Tartamudeo y me confundo.

Con la mirada fija, un mono, irónico, me escucha
—el otro como que dormita—,
y cuando a la pregunta le sigue el silencio,
me sopla la respuesta
con discreto sonido de cadenas.



* Wisława Szymborska, "Llamando al yeti" [1957], en *Poesía no completa*, trad. Gerardo Beltrán y Abel A. Murcia Soriano (México: FCE, 2008), 62.

LOS DOS GATOS

LUIS VIDALES*

El gato y su sombra. Son dos gatos —pero en realidad no es más que uno—. Esto me explica la divinidad. La sombra es un gato más enigmático. Es más gato. Así debieran ser todos los gatos. Untados a la pared. Sería bello verlos andar. Entonces tampoco podría dejar un gato arqueado de señal hasta donde he leído. Pero podría detenerlo en la pared y fijarle debajo un tomito de almanaque. Un almanaque es un pequeño tratado de filosofía. He intentado hacer una definición. ¡Es tan peligroso! Pero —afortunadamente para mí— el gato ha desbaratado mis ideas —de un salto— y se ha echado en la poltrona —sobre su sombra—.

De un envoltorio de piel —que parece como si una mujer lo hubiera dejado sobre la poltrona— sube una musiquilla constipada.

Ahora todo ha quedado en silencio. He visto la musiquilla desteñirse en el aire como un color.



* Luis Vidales, “Estampillas” [1926], en *Suenan timbres & 13 textos testimoniales* (Bogotá: LETRA A LETRA y DO-MINGO ATRASADO, 2017), 137.

SUPER-CIENCIA

LUIS VIDALES*

Por medio de los microscopios
los microbios
observan a los sabios.



* Luis Vidales, "Curva" [1926], en *Suenan timbres & 13 textos testimoniales* (Bogotá: LETRA A LETRA y DOMINGO ATRASADO, 2017), 65.